

 Seix Barral

# Namwali Serpell

---

La deriva

---





Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Namwali Serpell

## La deriva

Traducción del inglés por  
Benito Gómez Ibáñez y Pilar de la Peña Minguell

---

Título original: *The Old Drift*

© Namwali Serpell, 2019

Publicado de acuerdo con Hogarth, un sello de The Crown Publishing Group,  
una división de Penguin Random House LLC

© por la traducción, Benito Gómez Ibáñez y Pilar de la Peña Minguell, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.seix-barral.es](http://www.seix-barral.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: junio de 2021

ISBN: 978-84-322-3693-8

Depósito legal: B. 8.059-2021

Composición: Realización Planeta

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

---

*Zt. Zzt. ZZZzzzZZZzzzzZZZzzzzzzZZZZzzzzzzzzZZZzzz  
zzzZZZzzzz.*

*Y así. Un hombre blanco muerto crece barbado y perdido en el corazón sangrante de África. Con sus arraigos y errancias, sus llegadas y marchas, se convierte en nuestro padre involuntario, en nuestro espontáneo pater muzungu. Ésta es la historia de una nación —no de un reino ni de un pueblo—, de modo que empieza, por supuesto, con un hombre blanco.*

*Érase una vez que a un piadoso médico escocés se le metió en la cabeza descubrir la fuente del Nilo. Encontró, en cambio, un tajo en el suelo por donde se despeñaba una masa de agua. Sus porteadores lo llamaron Mosi-oa-Tunya, que significa El humo que truena, pero él le dio el nombre de su reina. En su diario describió las cataratas con sobrecogido asombro, comparando las aguas con cosas británicas: con lana y nieve y chispas de acero hirviendo, con miríadas de diminutos cometas precipitándose en la misma dirección y dejando rayos de espuma en su estela. Conjeturó que, al contemplarlas, los ángeles se habían dicho: «Qué belleza». Incluso opinó, como un escenógrafo, que en realidad debería haber montañas al fondo.*

*Aventura. Catástrofe. Fama. Comercio. Cristianismo. Civilización. Lo atacó un león que lo zarandeó entre sus mandíbulas, según dijo, como un perro sacude a una rata. Su mujer murió de fiebres; su amado poodle se ahogó. Viajó por tierra firme y surcó inacabables vías fluviales. Liberó esclavos por donde fue, quebrándoles las cadenas con sus propias manos y adoptándolos como sirvientes y porteadores. En la última etapa*

---

de su vida presenció una masacre: traficantes de esclavos que disparaban a personas en un lago, a tantos que las canoas no podían avanzar. Perdió las esperanzas. Estaba deshecho, sin un céntimo; la reina Victoria se había olvidado de él; los geógrafos reales dijeron que había muerto. Entonces, un mercenario galés, un bastardo llamado Stanley, supuestamente, le estrechó la mano y avisó a Londres. Y al instante se convirtió en algo infame, en un escapado de la tumba. Pero se negó a volver a la jovial Inglaterra.

Con paso inseguro, en cambio, se adentró aún más en el continente, en busca de su bienamado Nilo. ¡Ah, padre muzungu! Ese término significa «hombre blanco», pero no describe la piel, sino una tendencia. Muzungu es quien zunguluka —deambula, va a la deriva— hasta que camina en círculos. Y así, nuestro inquieto muzungu se presentó otra vez por aquí, arrastrando con él a sus porteadores negros.

Había desaparecido su botiquín —¿quién se lo llevó?, nunca lo averiguaron— y, con él, su preciosa quinina. La fiebre lo estuvo acechando hasta que finalmente se apoderó de él. Murió en una cabaña, de noche, en la cama, arrodillado, la cabeza entre las manos. Sus hombres lo destriparon, plantaron su corazón bajo un árbol y cargaron con su cadáver hasta la costa. El Vulture, buque de Su Majestad, transportó su cadáver a casa: enterraron sus restos mortales bajo una losa en la nave de la abadía de Westminster. Los suyos lo reconocieron por las cicatrices dejadas en el húmero por los colmillos del león.

Qué prodigiosa determinación la de sus porteadores. ¿Viajar con un cadáver durante meses sin cuento, entre infortunios y calamidades, batallas y enfermedades? ¿Seguir adelante con un calor abrasador o bajo una lluvia torrencial, luchando contra la superstición de que llevar la muerte es atraerla? ¿Ir hasta Inglaterra para responder a un interrogatorio, construir una maqueta de la cabaña en la que había muerto? ¡Cuánta fe! ¡Cuánto amor! No, no..., ¡cuánto miedo! Aquel cadáver, aquel cuerpo sin vida, era la prueba. Sin él, ¿quién los habría creído? ¿Quién habría aceptado su palabra de que un hombre blanco

---

*había muerto entre «salvajes» por mala suerte..., por una simple fiebre?*

*Los hombres se niegan a creer que la suerte pueda acarrear tales consecuencias. Pero la historia de este lugar está llena de tales deslices y dislates. Error, n., del latín errare: extraviarse, desviarse o caminar sin rumbo, a la deriva. Por ejemplo, el bazungu que más adelante convirtió este territorio en colonia, luego en protectorado, después en federación y más adelante en nación, sólo vino porque antes llegó Livingstone. Acabaron aquí por casualidad y ordenaron el territorio, trazaron líneas arbitrarias en el suelo, arrancaron tratados a los jefes empleando taimadas artimañas: unas escrituras reales destinadas al comercio pero utilizadas como propiedad. Agitando banderas, blandiendo armas y abalorios para comerciar, anduvieron a la rebatiña por África y declararon que era el legado de Livingstone.*

*Esta nación no es oriental ni occidental, sino accidental. ¿Quién creería que nuestro piadoso médico escocés buscaba realmente la fuente del Nilo justo donde no estaba? Resulta que hay dos Nilos —uno Azul, otro Blanco—, lo que significa dos fuentes, y ninguna de las dos se encuentra cerca de aquí. Es de esas cosas que ocurren con naciones, leyendas, seres humanos y signos. Se va en busca de un origen, un símbolo, una palabra primordial y, de pronto, se bifurca el sendero, hendido por un apóstrofe o un guion. La lengua se bifurca, habla de dos maneras, que entonces se bifurcan una y otra vez hasta formar un caos de capilaridad. Donde se busca un origen, se encuentra un vasto griterío que también es un silencio: una sima de humo, atronadora. ¡Boca ciega!*

---

## LAS CATARATAS

El nombre de las cataratas, Victoria Falls, suena a sentencia: Victoria Cae. Una profecía. En cualquier caso es un chiste que yo solía contar hasta que Su Majestad la reina Victoria murió efectivamente en 1901, poco antes de que yo pusiera el pie en el continente. Dos años después, vi por primera vez esa maravilla africana que lleva el nombre de una reina inglesa y quedé tan prendado como el que más. Vine por las cataratas, y también por ellas me quedé. Es cierto lo que dicen: la espuma alcanza a verse a cincuenta kilómetros de distancia, el fragor se oye a treinta. El último trecho de nuestra caminata desde Wankie fue lento, y ya eran las once de la noche cuando llegamos al campamento, a kilómetro y medio de las cataratas, bajo un gigantesco baobab. Por cansado que estuviera, no podía dejar que la necesidad de dormir me impidiera ver la inmensa caída por primera vez. Alejándome de los demás, me encaminé en solitario a contemplar las cataratas por arriba, desde la denominada Catarata del Diablo. Jamás lo olvidaré.

Hacía una noche clara, alumbrada por la luna. En primer término estaba el risco de la isla Barouka. Más allá, entre un velo de espuma, las cataratas principales daban un salto de más de cien metros rugiendo sobre el abismo. La espuma era tan densa que resultaba difícil saber si fluían hacia arriba o hacia abajo. La sombría selva retorció sus ramas frente a ellas. El arcoíris lunar, pálido y reluciente, daba a la escena un toque

---

fantástico. Yo estaba absolutamente sobrecogido, como en presencia de un majestuoso poder del todo inefable. No sé cómo me quité el sombrero y durante una hora estuve con la cabeza descubierta, extasiado.

No, nunca olvidaré aquella visión nocturna de las cataratas Victoria, hinchidas de corriente y bañadas en luz de luna. Pasé treinta y dos años en un radio de kilómetro y medio de aquel lugar, y que me aspen si no sigue siendo la mejor atalaya.



A la mañana siguiente celebré el acontecimiento de mi primer encuentro grabando mi nombre y la fecha en el baobab: PERCY M. CLARK, 8 DE MAYO DE 1903. No era algo propio de mí, pero disculpable dadas las circunstancias. Me puse en camino para el paso, a unos ocho kilómetros más allá de las cataratas, la puerta de entrada a la Rodesia del Noroeste. A partir de ahí y a lo largo de centenares de kilómetros, el Zambeze se estrecha y se hace más hondo, así que resulta el punto más conveniente para «pasar» al otro lado. Al principio se llamaba Paso de Sekute, por el nombre del jefe de los leya. Luego se llamó Paso de Clarke, por el primer colono blanco, a quien pronto conocí. Nadie sabe cuándo pasó a ser el viejo paso, el Old Drift.

Sentado en la margen meridional, estuve dos horas solo, disparando el fusil de vez en cuando. Al fin vi una mancha, una piragua que venía de la otra orilla. Parecía tan lejos río arriba que no estaba seguro de que viniera por mí; la corriente era tan rápida que debían recorrer un buen trecho en diagonal para llevar la embarcación justo al punto en que yo me encontraba. Manejar una canoa es una operación delicada en una corriente fuerte —una simple tos transversal basta para volcarla—, pero los nativos barotses son excelentes barqueros. Faenando de pie, utilizan remos de tres metros para gobernar su primitiva embarcación. Me llevaron al otro lado y después trajeron mis pertenencias.

---

Old Drift era entonces un pequeño asentamiento de media docena de habitantes; por aquella época sólo había un centenar de hombres blancos en todo el territorio. Me alojé en un establecimiento comercial que hacía las veces de «hotel» en aquellos parajes. El dueño tenía mi mismo apellido, salvo que en el suyo había una aristocrática *e* añadida. Como coincidencia ya era suficiente, pero resultó que se había criado en Chatteris, en Cambridgeshire, prácticamente al lado de la ciudad universitaria que yo pensaba haber dejado atrás hacía mucho. Por lo visto no podía escaparme de la madre patria, o de su atmósfera.

Fred Clarke «Mopane» —apodo nativo referente a un individuo «alto y erguido con corazón de árbol mopane»— se había instalado allí hacía cinco años, estableciéndose como agente transitario para luego crear un servicio de transporte a través del Zambeze. Después se dedicó con gran fortuna a construir hoteles y venderlos. Pero, cuando yo lo conocí, éramos simplemente dos hombres que tratábamos de sacar el mejor partido posible de la situación. A Mopane le hacía gracia que hubiera echado a cara o cruz la elección de mi nueva vocación: por aquella época la fotografía era un campo relativamente nuevo. No me molesté en explicarle mi expulsión del laboratorio de química del Trinity.

—¡No jodas! —exclamó—. ¿Tú también has venido a Rhodesia por capricho?

—Sí —mentí—. Acepté un puesto en un estudio de Bulawayo. Pero la tonalidad y el revelado resultan problemáticos en África, con todo aquel polvo de por medio, sin contar las tolvaneras. Así que lo dejé.

Otra mentira.

—Pero te quedaste, por lo visto. ¿Es que te gusta la vida en la selva?

—Los colonos son buena gente. Honestos, animados. No miran a nadie por encima del hombro. Los cafres son desconcertantes, desde luego, pero parecen bastante acomodaticios. Los insectos son una verdadera abominación.

---

Intercambiamos historias de bichos. Escarabajos *tampam*, que tiran del pelo; escarabajos rinoceronte que se te meten por los cojones; los pútridos escarabajos negros y el sibilante escarabajo de Navidad. Escorpiones, arañas, ciempiés. Bestiales todos. Gané el debate contándole el día en que llegué a Bulawayo, dos años antes. El sol desapareció detrás de una nube negra: ¡no una tormenta de polvo, sino una plaga de langostas bíblica! Luego llegó el clamor: la frenética cacerolada para asustarlas. Un estruendo infernal pero eficaz.

—Aquí te enfrentarás a cosas peores —aseguró el viejo Mopane con aire enigmático—. ¿Piensas abrir nuevos horizontes?

—Quiero ir por ahí sin rumbo fijo. Mi padre siempre decía: «Hijo mío, nunca eches raíces a menos que no haya otro remedio y nunca trabajes para otros». Es hora de jugar mi propia baza, explorar un poco. Creo que voy a ser el primero en seguir el Zambeze desde las cataratas hasta la costa —alardeé.

—Como el bueno del doctor Livingstone.

—Ah. Supongo que sí. —Relajé el ceño fruncido—. Pero dejando la religión a un lado.

Mopane Clarke me estrechó la mano con una sonrisa diabólica.



Estaba listo para adentrarme en territorio desconocido. Dejando mi equipo fotográfico al cuidado de Mopane, me encaminé a Kasangula, un *kraal* a dos días y medio de distancia. El jefe era un tal Quinani, un bicho raro que se pasaba el día sentado al sol, tomando rapé, ataviado con una piel de leopardo y un sombrero de copa con la bandera del Reino Unido. Le alquilé cinco piraguas y cincuenta porteadores, y luego me dirigí río arriba con idea de cazar para comer.

Por aquel entonces la caza era muy buena y bastante variada. Perdices, patos, faisanes, gansos, pintadas, incluso pa-

---

vos salvajes. En el territorio abundaba la caza mayor, desde el majestuoso alce africano al pequeño oribi. La primera pieza que cobré fue un enorme ciervo negro, un *lechwe*: se quedó mirando el cañón de mi fusil Martini, cargado con balas pesadas. La siguiente fue una especie indígena de antílope a la que el doctor Livingstone había puesto el nombre de *puku*: un animal tímido, crepuscular, mayor que el impala, con el mismo tono dorado pero sin las características franjas ornamentales y con una piel de aspecto desastrado. Un nativo me explicó que provenía de un término que significaba «fantasma»: Livingstone lo había avistado en la estación seca, surgiendo y desapareciendo entre la alta hierba amarilla del campo, del *veld*. Su carne es buena.

Me pasé un año viajando a mi aire, por así decirlo, con mi flotilla de piraguas. En el camino a la costa surgieron diversos obstáculos. Para empezar, los afluentes del Zambeze, repletos de hipopótamos y cocodrilos. Además, conseguir que los porteadores hicieran su trabajo era una tarea ímprobable. Se mostraban supersticiosos cuando silbaba, cosa que simplemente hacía porque no tenía a nadie con quien hablar. Y se negaban a pasar por ciertos sitios sin antes desembarcar para presentar ofrendas a los muertos y observar la «ceremonia» del hechicero, con sus colas de animales y amuletos en torno al cuello, huesos y brazaletes en muñecas y tobillos. Daba miedo verlo; o eso creía él. Los barotses eran realmente una nación poderosa, con muchas tribus conquistadas rindiéndoles tributo. El castigo por falta de pago se imponía de una forma horripilante: he visto nativos con las orejas colgando del cartílago, con la nariz cortada o rebanada por completo. Ese espíritu vindicativo iba surgiendo cada vez más entre mis porteadores.

Habíamos llegado a Sesheke cuando un hipopótamo volcó una canoa y nos hizo perder tiempo. Sugerí que nos diéramos prisa para salvar los rápidos antes del anochecer. «¡De eso nada!», contestaron más o menos los porteadores. «Ya lo veremos», repliqué mostrando mi Webley 450 y haciendo que

---

mi tripulación personal pasara uno por uno a punta de pistola a una embarcación. Dije a los demás que, si no nos seguían, tendrían que arrojárselas por sí solos: «¡Se os acabó la comida!». Me fui con mis rehenes y acampé al pie de los rápidos. Cuando se presentaron los demás al caer de la tarde, hice que se arrodillaran, dieran con la frente en el suelo y realizaran el saludo real. Con aquello se acabó el *indaba*. Les había dado en su punto más débil: ¡la barriga!

Con contratiempos como aquéllos —más incendios en el *veld*, aguaceros, juncos en las orillas que imposibilitaban el desembarco—, no avancé mucho. La mayor dificultad de la exploración, según comprobé, es la tortura del aislamiento. No era cuestión de hacerse amigo de los negros, claro está, y la necesidad de alguna compañía simpática habría sido insoportable de no haber tenido a la terrier que me habían regalado en la mina de carbón Wankie. La pequeña de pelo de alambre era mi única amiga, mi compañera inseparable. Comprendía el cariño del doctor Livingstone hacia su querido *Chitane*, que se había ahogado por aquellos parajes, según dicen. Mi *Flossie* tenía un olfato maravilloso y, aunque no pudo salvarme el viaje, acabó salvándome la vida.

En mis últimos viajes, el rey Litia, una especie de delegado de Lewanika, me pidió que llevara a uno de sus jefes favoritos. Lo más que puedo decir de aquel jefe, Koko, es que había adquirido ciertas «mañas». Descontento por el severo trueque que yo había reclamado por su viaje, volcó la piragua en un canal del río de corriente rápida, sin saber que yo nadaba como un pez. Las consecuencias, sin embargo, fueron nefastas: acabé con cuarenta grados de fiebre. Dispuse un descanso para mis hombres y para mí. Aquella noche, presa de la fiebre y medio dormido, oí gruñir a *Flossie* y vi una silueta oscura que avanzaba arrastrándose hacia nosotros. Di un grito. El individuo dijo que quería fuego. ¡Increíble! Había una hoguera que ardía decididamente al otro extremo del campamento. Era un claro intento de acuchillarme. Lo amenacé con dispa-

---

rarle y desapareció. Era Koko: no había olvidado la afrenta de su propio chapuzón en tres metros de agua.

Los hay que se precian de conocer realmente a los nativos. Yo nunca pretenderé tal cosa. Es más difícil conocer a un nativo que a una mujer. Cuanto más se lo conoce, menos se sabe de él. La clave está en no dejar que aflore su salvajismo. Es decir, yo nunca azoto a un nativo a menos que se lo haya ganado. Un perro y un nativo están al mismo nivel: hay que darles una buena zurra cuando se lo merecen, pero no antes de que se hayan calmado los ánimos. De modo que, cuando llegamos a nuestro destino, con toda tranquilidad, tuve a Koko toda la noche atado a un árbol y al amanecer se lo entregué al nuevo comisario del distrito. Despedí a los pocos porteadores que seguían conmigo —había perdido unos cuantos por los cocodrilos y la fiebre, y no me quedaba comida para alimentar a los demás—, y pasé dos días en cama, luchando contra la fiebre y esperando el juicio.

Durante la vista, el querido Koko confesó al menos cinco veces que me habría aplastado como una mosca si la suerte no hubiera jugado en su contra. El comisario del distrito, recién salido de Oxford, era de los que se ponen chaqueta y corbata para visitar a una reina nativa. Me preguntó lo que reclamaba por mis molestias. ¡Pues que le dieran una buena tunda, eso reclamé! El comisario dictaminó lo siguiente: «Se trata de un caso trivial. Le retendré la paga». Lo digo tal como ocurrió. Cabe recordar que se trataba de un país joven con una población nativa ampliamente preponderante con respecto a un puñado de hombres blancos. Así que a Koko le retuvieron la paga... y al cabo de poco la recuperó con creces birlando a mi criado la preciosa piel de leopardo que me había dado su rey Litia. Como decía, Koko era una perla.

Para entonces habían llegado las lluvias, henchidas de cólera. Dos días después volví a Old Drift, solo y hambriento, calado hasta los huesos y despellejado por la húmeda silla de montar. Me dirigí derecho al hotel de Mopane. Me dio la bienvenida, fue muy amable al no poner el dedo en la llaga

---

por mi fallido viaje a la costa, y me dio de comer lo que había quedado del almuerzo: un trozo de pan y una lata de salchichas vienesas. Después de mi modesto ágape, me alojaron en una cabaña. Como es de suponer, no necesité ninguna nana para sumirme en un profundo sueño. Estaba completamente agotado. ¡Se acabó lo de la exploración imperial! ¿Estaba maldito aquel lugar? ¿O lo estaba yo?



Supongo que me convertí en pionero por ser la única opción. Cuando vine de Bulawayo tenía intención de asentarme al otro lado del río, en la ciudad de Victoria Falls, en cuanto terminaran el puente del ferrocarril: se abrirían grandes oportunidades a quien llegara pronto. Por el momento instalé mi cuartel general en Old Drift. Había pasado un año desde mi primera visita y, aunque la población se había quintuplicado, seguía siendo un simple establecimiento comercial en un lugar escasamente habitado: unas cuantas construcciones de madera y chapa, y cabañas cafres de adobe y cañas.

La población, sin embargo, se había vuelto prácticamente cosmopolita. Van Blerk llevaba una tienda para una empresa de Bulawayo. Tom King dirigía un comedor para la Compañía Comercial de Bechuanalandia. Jimmy, antiguo vaquero norteamericano, cazaba hipopótamos y provocaba peleas a puñetazos. Un griego se dedicaba a matar animales para vender la carne: una vez cazó nueve leones al confundirlos con jabalíes. Mr L. F. Moore, el farmacéutico inglés, editaba un periódico semanal, el *Livingstone Pioneer*. Zeederberg era el contratista del puesto; el gran acontecimiento de la semana, anunciado por un toque de clarín, consistía en rebuscar en el montón de correo de Su Majestad, que llevaban en carreta y dejaban tirado en el suelo de una cabaña. Andaba por allí un individuo llamado El Yanqui, que se lucía al póquer hasta que le abandonó la suerte. La única mujer era la esposa del comerciante holandés, hombre sumamente celoso y experto en el

---

manejo del chicote, un látigo hecho con piel de hipopótamo. Desfiguraba a cualquiera que se atreviera a mirar a su adusta duquesa.

Había dos «bares» donde pasábamos el tiempo bebiendo o jugando. En un rincón chirriaba un gramófono, mientras que en otro mercaderes y especuladores se jugaban las copas a los dados. En un tercer rincón había una mesa de ruleta, frente a la que el imperturbable crupier recogía fichas con el rastrillo y apilaba columnas de medias coronas entonando: «Rueda, rueda la bolita y ¿dónde parará? ¡Eso nadie lo sabrá! Quien no siembra no recoge; si no te arriesgas, no ganas, ¡y ahí va!». Todas las noches había una partida de póquer descubierta y a veces alguna de *vingt-et-un*. Aparte de ésa, no había más vida social. Ni círculos, ni nada. Después de comer podíamos competir a ver quién contaba más patrañas, referidas principalmente a leones y negros, o convocar a golpe de tambor una partida de caza de hipopótamos.

Entretenimientos aparte, la fortuna se llevaba vidas por delante lo mismo que una tormenta las hojas de los árboles. Una herrería cerraba por falta de fondos; el dueño de una desmotadora se moría de simple inanición; apareció un judío que hacía unas trampas tan impresionantes a las cartas que, cuando lo echamos, nuestros bolsillos vacíos ondeaban como banderas al viento. A lo mejor se presentaba algún viejo vagabundo con barba de una semana, pantalones que no se hubiera quitado de encima en meses y botas con las que llevara años caminando. Y bien podía largarse aún más desastrado o con una ropa excelente, además de con dinero en el bolsillo.

La gente iba y venía. Los que se quedaban solían morir. La estación seca era opresiva, y la sed que provocaba requería diligente satisfacción. Durante las lluvias, de noviembre a marzo, el terreno se convertía en un verdadero lodazal. Los mosquitos se congregaban en hordas, zumbando como una banda de música alemana, con los agujones lo bastante agudos como para penetrar la piel de un elefante: anófeles enérgicos e indiscriminados. Por aquellos andurriales, haraganes,

---

señores y patanes recibían el mismo trato con estricta imparcialidad, porque el mosquito es un verdadero demócrata y no le importa si estás aquí por accidente o nacimiento, ni si la sangre que paladea es roja o azul.

La fiebre era tan frecuente en Old Drift que no se prestaba especial atención a quien la contrajera. No había necesidad de molestar a un médico con monóculo y maletín arrugado como un acordeón. Sólo era cuestión de administrar a la víctima unas gotas de champán o de Schweppes con una pluma, abrigarlo bien y dejarlo sudar hasta que se le pasara el temblaque. Una vez escribí un editorial para el *Livingstone Pioneer* con la siguiente admonición: «Maldito quien olvide la quina para la noche, porque suyo será el vómito y el temblor». Aquella temporada, no menos de once de los treinta y cinco colonos murieron de fiebre o malaria. El año siguiente fue peor, con una pérdida del setenta por ciento. La exploración no es un camino de rosas.

La Roca Muerta, así llamábamos a aquel sitio. Una vez a la semana había un entierro. Uno de los supervivientes hacía las veces de enterrador. Armábamos un ataúd con viejas cajas de whisky, rebozábamos al difunto en cal viva y luego lo cubríamos con una tela de lino o algodón. Cargaban el féretro en una carreta, de la que tiraban unos bueyes hasta el cementerio. El resto de la gente marchaba detrás, con pantalones y camisa remangada, sin chaqueta. La única biblia era la de la misión, de manera que el enterrador elegido recitaba unos fragmentos en el servicio fúnebre y los demás lo acompañaban como podían.

Una vez, un ataúd se quedó atascado a medio descender porque la tumba era demasiado estrecha. Al acercarse a ver lo que pasaba, el enterrador se inclinó demasiado y se cayó dentro. Después de subirlo, izamos el féretro y nos pusimos a agrandar el hoyo. Volvió a ocurrir cuando mister Moore, el farmacéutico, desapareció en la selva, delirante, y días después lo encontramos en avanzado estado de putrefacción. Al levantarlo del suelo, simplemente se deshizo. El aire, muy

---

claro, estaba enrarecido. En el funeral, el enterrador designado disimuló las náuseas con ginebra... ¡y luego se cayó al agujero porque estaba borracho!

Se bebía mucho en Old Drift; cosa comprensible, con todo el aburrimiento y el salvajismo que había que mantener a raya, por no hablar de los deportes competitivos: jugar, explorar, sobrevivir. Pero, por elevada que fuese la tasa de mortalidad, en nuestro campamento reinaba la animación. Ay, si hubiera sabido que la mayor amenaza para nuestra querida Roca Muerta era el puente del ferrocarril que tanto tiempo llevaba esperando. Donde una vez vivíamos como intrépidos pioneros, pronto llegaría la «civilización» de la peor manera posible.



Cuando empezaron los trabajos de cimentación en 1904, crucé el Zambeze para ver lo que ocurría en sus orillas meridionales. Me enorgullece decir que fui el primero en disfrutar de la comida servida en el hotel Victoria Falls. En sus comienzos, no era más que una simple estructura alargada de chapa y madera, con una sala de comedor y un bar. Alojaba un máximo de veinte personas, a doce chelines y seis peniques por día. Su logotipo era un león y una esfinge: de El Cabo a El Cairo, el sueño de Cecil Rhodes de una línea ferroviaria que atravesara el continente en sentido vertical.

El jefe de cocina del hotel era un francés, Marcel Mitton, cazador y antiguo minero. El encargado del bar era un norteamericano de Chicago, un exboxeador llamado Fred que ejercía de árbitro en nuestras frecuentes peleas. Árabes y hombres de color atendían a los huéspedes con un servilismo que rayaba en el sarcasmo, para encargarse luego de que los cafres fueran corriendo a hacer su trabajo por ellos. Se ocupaba de la dirección un tal Pietro Gavuzzi, piamontés que, antes de venir aquí, había trabajado en el Carlton y el Savoy de Londres, y luego en el Grand de Bulawayo. Cabría pensar que se

---

acostumbraría mejor a vivir en la frontera del ferrocarril, pero era de esos que cultivan las fresas personalmente para hacer la guarnición de los platos de la cena.

Durante la construcción del puente se montó un bar enfrente, el Iron & Timber, para los obreros. Gente turbulenta, incluso para los más desenfrenados, hacían incómodo el hotel para los huéspedes reposados y educados. A Gavuzzi le sacaban de quicio sus payasadas. Siempre que se acercaba al Iron & Timber lo perseguían por todo el local y, si lo atrapaban, lo obligaban a tomar una copa detrás de otra. En una ocasión, los parroquianos le echaron el guante y lo pusieron en la repisa de la chimenea, ordenándole que cantara. ¡Y vaya si hizo gorgoritos, como una paloma torcaz! Pero Gavuzzi no tenía el don de tomarse a bien tales bromas.

En general, los italianos venían por la vía religiosa. Los misioneros valdenses —los Coisson y los Jalla— construyeron iglesias y escuelas para luego volver a Italia cargados de hijos y riquezas. Nunca se hicieron plenamente nativos, como solemos decir. Ese tipo de relaciones no estaba bien visto. Una vez conocí a un comerciante judío con cuatro mujeres nativas y multitud de hijos con la piel entre sal y pimienta: eso era de lo más repugnante para la gente. Y al revés, toda insinuación por parte de los nativos los llevaba directamente a la horca. Nada revuelve más la sangre a la mayoría de los colonos que la idea de contaminación racial.

Como la mayoría de los europeos, Gavuzzi se había traído a su mujer, una chica inglesa. Nada más verla supe que era hija de un tendero. Siempre sentada por ahí con mirada de abatimiento, llevando a su hija a todas partes. La niña, Lina, una mocosa de cinco años, tenía algo perverso; era evidente que este lugar la afectaba, como enseguida pude comprobar.

Una noche, en el comedor del hotel, intenté ganarme la amistad de los principales responsables del proyecto del puente: topógrafos, ingenieros, esa clase de personajes. Tenía fiebre, me sentía agotado, y trabajar de transportista para la empresa de Mopane Clarke no había resultado un negocio

---

muy lucrativo. Quería abrir un estudio fotográfico en este lado del río. Resistiendo los temblores y la confusión, invité a alguna que otra ronda, ingiriendo varias por mi parte, mientras intentaba conquistar a aquellos distinguidos caballeros. Las cosas iban a pedir de boca cuando Gavuzzi entró tan campante, con su curioso sombrero y chaleco, para ver a alguien en relación con una factura. Ada, que llevaba la contabilidad, iba detrás de él, arrastrando a Lina de la mano.

Bueno, en aquellos momentos la atmósfera de la sala mareaba, con el acre humo del tabaco, cafres medio desnudos haciendo recados a toda velocidad, árabes trajeados haciendo reverencias con aire simiesco mientras llevaban bandejas de bebidas. La fiebre hacía estragos en mí, estaba hecho polvo y casi no oía: tenía la cabeza como un bombo. En el mejor de los casos, Gavuzzi era una persona fastidiosa, pero entonces se metió en la conversación, provocándome. Le grité que se marchara y, cuando se giró sobre sus talones, le di un manotazo en el sombrero, en plan de broma. Se lo quité con facilidad, pero mi ademán fue demasiado brusco y con él salió un mechón de pelo: ¡arrancado de raíz!

Me quedé con ello en la mano, mirándolo y preguntándome si era una peluca y si no estaríamos en el Parlamento. Gavuzzi, conmocionado, con la calva al rojo vivo, se sentó en el suelo dando un alarido. Ada se inclinó sobre él lo más rápidamente que pudo —estaba embarazada— y dejó a Lina en un rincón. Cualquier mocososo se habría echado a llorar, pero Lina chilló con furia y, cuando un inocente nativo se apresuró hacia ella con una bandeja, le dio un golpe. ¡Lo dejó tumbado en el suelo! Nunca volvió a funcionarle la cabeza. Se quedó tonto, papando moscas para siempre.



Se acabó lo de conseguir fondos para el estudio. Pero me las ingenié para obtener un contrato para fotografiar el puente durante las diversas etapas de su construcción. Y así fue

---

como acabé acompañando a sir Charles Beresford Fox, sobrino del proyectista del puente, en una excursión al fondo del desfiladero. Bajamos por las escaleras de los obreros y luego por la cara de la pared lisa. Era un descenso peligroso, lleno de pedruscos y espinos. Llegamos a unos siete metros de la base, atamos una cuerda a un árbol y nos deslizamos por ella hasta abajo. Deambulamos por el fondo, trepando por peñas del tamaño de la casa de mi infancia en Cambridge. Luego la garganta se estrechó hasta convertirse en una delgada cornisa que se erguía sobre un torrente caudaloso. Sin salida.

Nos separamos, con el irresponsable Fox siguiendo por su cuenta mientras yo me quedaba atrás, después de tomar las fotografías que necesitaba y deseando estar en casa a la caída de la noche. En cuanto perdí de vista a mi compañero, se oyó una tremenda explosión que lanzó piedras en todas direcciones... ¡y una directamente a mi cabeza! Menos mal que no me dio, pues aterrizó con estruendo a unos cincuenta metros. Por lo visto, los obreros del otro lado de la garganta habían detonado la última carga del día. Cuando llegué a la cuerda estaba demasiado agotado para trepar. Me gustara o no, tendría que pasar la noche en el desfiladero.

Me amarré a un saliente y me puse cómodo. Daba una sensación muy rara, difícil de describir, el estar allí tumbado en la oscuridad sintiendo las cataratas sin verlas. La espuma se condensaba y me corría a chorros por el cuerpo. Me rondaba una niebla que gemía y lloriqueaba: un susurro leve, un gruñido profundo, el gran rugido que se hincha hasta formar el trueno y luego muere en un silencio sibilante. A veces me sorprendía el modo en que el grito gutural de las cataratas era capaz de sumirse en un repentino silencio, lo mismo que se pasa del trueno a un límpido cielo azul.

Allí tumbado, pensé en todo lo que había conseguido en África y en lo que no había logrado, en sir Charles, en Fred «Mopane» Clarke y en lo que puede hacer una *e* añadida a un nombre, en la agobiante gentileza de la gente de alcornia. El descender hasta allí tan sólo por un poco de dinero casi acaba

---

conmigo. No diré que mi vida desfiló ante mis ojos aquella noche, pero la amargura apenas me dejó dormir. Cuando al fin amaneció, trepé por la cuerda como un loco.

Recorrí tambaleándome los setecientos metros que me separaban del campamento, donde pedí un whisky y pregunté por el paradero de Fox. Resultó que había corrido peor suerte que yo. Encontró la cuerda, pero se le resbaló de las manos y cayó desde treinta metros de altura. La fortuna lo arrancó de las fauces de la muerte: aterrizó en un saliente. Tuvieron que sacarlo con grúa. Ningún hueso roto, pero sí una tremenda conmoción, de la que nunca llegó a recuperarse del todo. Entretanto, me habían dado por muerto y comunicaron la noticia a Bulawayo. ¡Jamás he conocido libertad más auténtica! Mucho mejor ser un muerto ambulante que un vivo en fuga. Un americano nacido en el reino de Hawái acabó destronándose como el Orfeo de la Garganta. Cuando descendió, a él sí lo alcanzó una roca desprendida en una explosión: sólo le aplastó el pie, pero murió al día siguiente.



El ferrocarril se terminó en 1904; el puente, en 1906, y en los años siguientes acudieron las huestes de colonos oficiales. La Compañía Británica de Sudáfrica —la máquina imperial de Rhodes— era dueña de Old Drift y decidió trasladarlo a una loma arenosa a diez kilómetros de distancia. Un sitio más seco y saludable, desde luego, pero sobre todo más cerca del ferrocarril. Le dieron un nuevo nombre, Livingstone, trazaron doscientas parcelas, unas para el gobierno y otras para los colonos, y lo bautizaron como la capital de Rodesia del Noroeste. Los pioneros desplazados podíamos elegir tierra donde quisiéramos, seis mil acres a tres peniques el acre, y cinco años para pagarlo. Me dieron una concesión de dos mil acres, pero, como no quería competir con el viejo zorro de Mopane, establecí una tienda de antigüedades al otro lado del río, en la ciudad de Victoria Falls.

---

Décadas después, trasladaron la capital de lo que se convertiría en Rodesia del Norte a quinientos kilómetros al norte, a otra vieja y polvorienta ciudad. A ésa la llamaron Lusaka, en honor del cacique de una aldea, y la construyeron en un lugar llamado Manda, que significa «cementerio»: una clara pérdida de prestigio con respecto a Livingstone, diría yo. Intenté ejercer la concesión que había comprado en 1904 ante la Oficina de Administración Territorial de la nueva capital. «¿Por casualidad podrían darme mi tierra en Livingstone?» Sus carcajadas me echaron del edificio. Imposible con arreglo al estatuto de limitaciones. Nada sorprendente: el reinado del hombre blanco en África ya estaba feneciendo para entonces.



Después de montar la tienda, volví a Inglaterra para casarme con Kate. Nos conocíamos desde hacía mil años, pero ella insistió en que había llegado el momento de contraer los vínculos. En una partida de póquer gané ochenta libras, suficiente para el viaje a casa. Debo confesar que, tras pasar años en el *veld*, la campiña inglesa me pareció un ámbito muy reducido. Mis hermanos apenas reconocieron al viejo P. M., enflaquecido, demacrado y con ropa decrepita colgándose del cuerpo: ¡menuda pieza de dudosa humanidad estaba hecho! Recibí órdenes estrictas de afeitarme la barba y de ir a toda prisa a una tienda de confecciones para caballero, con dinero en la mano. Los empleados echaron un vistazo a mis «harapos» y me ofrecieron las prendas de precio más bajo. «¿No hay nada mejor?», pregunté. Fuimos subiendo gradualmente, los medrosos mancebos y yo. Por fin cayeron en la cuenta: aquel muerto de hambre tenía dinero para dar y tomar. ¡Y salieron a la luz los artículos de lujo!

Nos casamos el 15 de febrero de 1906 en la Gran Iglesia de Saint Andrew, en Cambridge. ¡Escándalo y consternación por el hecho de que la hija del secretario del juzgado de paz de Cambridge contrajera nupcias con un desharrapado como

---

yo! El Zambeze también puede ser el Leteo: una zambullida puede hacer olvidar que la cuestión del dinero es una carga en la jovial y vieja Inglaterra. Me encontraba en tal estado de nervios que olvidé dar el brazo a Kate cuando salíamos de la sacristía, lo que supongo que sólo demostró mis «rústicos modales». Pasamos la luna de miel en Devonshire, pero yo estaba resuelto a volver a África, donde podíamos llevar un estilo de vida más desahogado.

Cuando llegamos a la ciudad de Victoria Falls, unos meses después, me enteré de que, una vez más, me habían tomado por el tonto del pueblo: el tipo que había contratado para cuidarme la tienda y la casa había vendido todas mis pertenencias sin que yo me enterase. Nunca cogí a aquel granuja. La amabilidad de mis prestamistas me hizo llorar. Todos menos uno —él sabe quién es— me perdonaron las deudas.

Partiendo de la nada, del polvo mismo, mi querida Kate tuvo que construir un hogar para los dos. Mi poblado era el suyo, a hacer gárgaras el infortunio. Por la noche se acurrucaba junto a mí mientras las hienas llenaban de espanto la oscuridad con sus aullidos sin tregua. Cuando se tomaban un descanso era angustiioso. Kate incluso compartía mis vigiliias cuando un leopardo empezó a robarnos las gallinas: nos quedábamos quietos, los nervios tensos como cuerdas de banjo, sin apenas respirar, hasta que maté de un tiro a la bestia, gorda como un cerdo de granja. En general, Kate se dedicaba a zurcir mientras yo pescaba.

Una vez por semana cruzábamos en canoa a Livingstone para divertirnos un rato. El viejo Mopane había trasladado allí su empresa mercantil, además de abrir un bar y un par de hoteles. Siempre sabía sacar partido de la situación, incluso en terrenos movedizos. Antes de ir a cenar o a bailar, Kate y yo pasábamos por su bar y yo echaba un vistazo. Lo de siempre: gente de todas clases, abogados y albañiles agitándose en la barra para pedir copas, cantando de forma estridente, y borrachos tendidos a lo largo de los bancos. Como es natural, lo echaba de menos, pero, ¡ah!, ya no estaba soltero y no podía

---

deambular a mis anchas por donde me diera la gana. Era un hombre de familia, casado, con trabas... ¡y feliz! Estábamos en estado, ¿comprenden?

Según se aproximaba el gran acontecimiento, hicimos los preparativos y hete ahí que salió un chiquillo con un precioso pelo negro. Sólo vivió unos minutos. Kate quedó consumida por la pena. En el jardín teníamos pintadas domesticadas y con frecuencia confundía el grito de las aves con el del niño. Enterramos a Jimmy en los terrenos del hotel Victoria Falls, no había tierra consagrada. Pero se hicieron comentarios que nos hirieron en lo más vivo —no voy a decir quién los hizo—, de modo que volvimos a enterrarlo en el jardín.

Un año después nació otro bebé, prematuro. Aquella noche hubo una tormenta tremenda, con truenos que avanzaban despacio por el cielo y un aguacero torrencial: ¡diecisiete centímetros en seis horas! Imposible no mojarnos: el techo de paja era una red abierta; el suelo, una ciénaga que llegaba al tobillo. Kate estaba con fiebre; yo, angustiado y de mal humor. El tiempo pasaba despacio, torpemente. Bueno, el médico conocía bien su trabajo; sólo mi preocupación le hacía parecer lento. Esta vez fue niña. Pero ahora tenemos dos hijos, uno llamado Victor para dar testimonio de nuestro vínculo con las cataratas.



Con mis antigüedades y las postales con imágenes, la tienda iba viento en popa, y a medida que pasaban los años la riada de excursionistas nos proporcionó una sólida base financiera. Vi una oportunidad y monté unas empresas de transportes: canoa, carreta, carro de mano, *rickshaw*. ¡El hotel Victoria Falls me robó las ideas con toda su cara! Ahora era de la Empresa de Ferrocarriles de Rodesia, y el director, un nervioso galés, siempre andaba por allí echando humo. Me gustaba fumarme una pipa en su despacho para fumigarlo aún más..., en detrimento de mi salud. ¡Cuando me negué a bajar el precio de media co-

---

rona por cabeza, me compró en el acto la empresa de *rickshaws*! Y siguen teniendo la desfachatez de vender mi guía en la tienda del hotel. Parece que soy la percha de los golpes.

Pero la suerte también viene a golpes, y así recibo yo la mía. En 1907 se creó un club de tiro en la ciudad de Victoria Falls. El gobierno nos proporcionó fusiles y munición a precio reducido, y el premio era una copa de plata por la mejor puntuación a lo largo de seis meses. A algunos de los tiradores les entraron deseos de conocer el territorio; otros abandonaron la partida o se marcharon; al final de los seis meses, sólo quedaba yo en la competición. Superé la puntuación máxima de forma bastante curiosa. Una tarde que había salido a cazar faisanes divisé un cerdo salvaje que se movía entre los arbustos. Alcé el cañón y le di su merecido. Se oyó un grito y un negro dio un salto en el aire y desapareció. ¡Ahí iba mi «jabalí»! Enseguida comprendí lo que había pasado. Lo habían mandado a cortar hierba, pero se había quedado holgazaneando en una *donga*, o zanja. Temiendo que diera parte de él, había salido por pies, agachándose para que no lo viera, pero no se inclinó lo suficiente: sólo hasta donde llega el lomo de un jabato.

Lo encontré inconsciente, con una muchedumbre ya congregada a su alrededor. Le puse un parche, mandé que llamaran a un médico y me fui a casa. Enseguida me di cuenta de que una pareja de agentes de la policía nativa venía detrás de mí.

—¿Qué demonios andáis buscando? —pregunté.

—Nos han ordenado que te llevemos a la comisaría de policía —contestaron en tono forzado.

Eso me sacó de quicio. Nunca mandan a la policía nativa a que detenga a un blanco. ¿Me estaban faltando al respeto?

—¡Será mejor que os larguéis —grité—, a menos que queráis que os dé un tiro a vosotros también!

Se marcharon. Como es lógico, yo mismo di parte a la policía colonial. Tuve la grandísima suerte de que no me pidieran la licencia de caza: ¡no tenía! De todos modos, lo del chico no fue nada grave. Los nativos tienen la piel dura y el disparo no afectó a ningún órgano vital. El médico ni siquiera

---

se molestó en quitarle la metralla incrustada en la espalda, lo que le dejó una especie de sarpullido en la piel. Estuvieron tomándole el pelo durante meses. «¿Quién disparó al cerdo? ¿Cuánto vale el cerdo?» Resultó, por la más extraña de las coincidencias, que el nombre del nativo era N'gulubu, ¡que no podía significar nada más que «cerdo»!

Nos saltamos dos años y un chico nativo entra por la puerta del jardín. Con una gran sonrisa. Me resulta familiar.

—¡Pasa por la parte de atrás! —le grito: los nativos tienen prohibido entrar por la puerta principal.

Se queda donde está, sonriendo al aire como un zoquete. Es el tonto del pueblo, según veo. El que la niña italiana, Lina, dejó sin sentido en el comedor. Ya se lo imaginan:

—Soy N'gulubu —dice volviéndose para que le vea el braille en la espalda.

—Ah, ¿eres tú? —le contesto—. Pues toma, diez chelines para ti.

Se va, rebotante de salud y más contento que unas pascuas. Todo el mundo satisfecho. Desde luego, yo lo estaba: había acribillado a un negro por diez chelines... ¡y encima me habían dado la copa del premio! Así son las cosas: si en un principio yo no hubiera estado con fiebre, no habría arrancado la peluca a Gavuzzi, Lina no habría dado un golpe a ese chico, que habría calculado mejor al agacharse, ¡y yo no habría pillado ni al cerdo ni el premio!



Por el establecimiento de MISTER PERCY M. CLARK, ARPS, FRGS, FRES, la tienda de antigüedades más antigua de Victoria Falls, ha pasado todo tipo de visitantes. Charlé durante largas horas con el coronel Frank Rhodes sobre su padre, cuyo cortejo fúnebre había fotografiado yo. En 1916 me nombraron fotógrafo oficial de lord Buxton y dos futuros gobernadores: sir Cecil Rodwell, de Rodesia del Sur, y sir Herbert Stanley, de Rodesia del Norte: finalmente se habían partido los dos terri-

---

torios. Sir Stewart Gore-Browne nos hizo bastantes visitas; un hombre extraño y demasiado liberal con los negros, desde luego, pero nuestra hospitalidad bien valió la pena: nos ayudó a encontrar patrocinadores para la educación de los niños en Inglaterra. No sé si volverán, pero llevan África en la sangre.

He visto llegar la funesta civilización a este continente. Antes, cuando uno se echaba la manta al hombro entraba en lo desconocido; ahora, según dicen, todo está explorado. Por donde antes se caminaba penosamente para avanzar unos escasos kilómetros al día, ahora pasa a toda velocidad el coche motorizado y gruñe el aeroplano en el cielo. Discurren meses en una hora. Aquí ya no queda romanticismo. He visto imágenes en movimiento de tribus de pigmeos del Congo, antaño tímidas e inabordables, viajando por ahí en camiones. Esta nueva África podrá interesar a quienes frecuentan los lugares del mundo más poblados y ruidosos. Pero un estrépito más grandioso y profundo resuena en mis oídos justo enfrente de donde esto escribo: las cataratas Victoria aún mantienen su vasto e inalterable esplendor.

En cuanto a Old Drift, que una vez ostentó la dignidad de ocupar un sitio en el mapa..., pues, bueno, se lo ha tragado una ciénaga. He decidido echar raíces en la ciudad de Victoria Falls, y aquí me pudriré. Pero de vez en cuando hago una visita al viejo territorio del otro lado del Zambeze. Lo único que queda es el cementerio: una docena de decrepitas losas entre los arbustos, fechadas entre 1898 y 1908, con algunas inscripciones borradas por la lluvia. Resulta extraño recorrer las lápidas, pasar lista a los muertos y pensar en todos esos cabrones convertidos en polvo. Leo sus nombres como disparos de advertencia:

¡Georges Mercier! ¡John Neil Wilson! ¡Alexander Findlay!  
¡Ernest Collins! ¡Miss E. Elliott! ¡Samuel Thomas Alexander!  
¡David Smith! ¡Desconocido! ¡Desconocido! ¡Desconocido!  
¡Desconocido! ¡Desconocido! ¡Desconocido! ¡Desconocido!  
¡Desconocido! ¡Desconocido! ¡Desconocido! ¡Desconocido!  
¡Desconocido! ¡Desconocido! ¡Desconocido!